

El arte

¿Qué es el arte en efecto en tal sentido? No es por cierto una actividad extra de espíritus diletantemente desprendidos de nuestra chatura prosaica, sino el aguzado presentimiento de una infusa y superior necesidad, no siendo el artista un creyente alucinado, sino un inspirado descubridor de indicios expresados con música, formas, colores, o palabras independizadas, concesiones provisorias a nuestras propensiones sensoriales, pero abiertas hacia direcciones trascendentes, orientadas hacia un todo que el artista vislumbra como razón de cuanto somos y de cuanto es, unión de belleza y verdad, de sentimiento y razón, estando sujeto y objeto interrelacionados y constituyendo una vivencia de fusión integral. El artista es así un explorador intuitivo de esta mezcolanza en que vivimos, urgido por el apremio de retrazar (y no de retrasar) conductas acordes con una realidad íntimamente involucrada, aquí y ahora desmembrada e intelectualizada por una "cultura" enclaustrada en su autosuficiencia. Es un enamorado de lo que no sabe, pero que muy subrepticamente vive, en una transgresión arrebatada, en un intento purísimo de

desalienación. Siente el artista, más que pensarlo, un algo que resume y rezuma la verdadera naturaleza del todo. Es la suya, viniéndole desde muy adentro, una sospecha unciosa de un algo superior, un post-sentimiento insatisfecho. Habla y hace a medias, pero esboza un decir y un hacer insertos en la totalidad. Una obra de arte no aborda por tanto la naturaleza, sino al hombre. Trata de insertarse en un inconsciente colectivo más vasto. Es una expresión del amor ingénito en los electrones; quien lo comparte dirá ante una obra de arte "esto me gusta, o no me gusta" (como indicaba Bergamín), según si esa obra resuena o no en él, repercutiendo en su subconciencia. Y es que la angustia del artista es la oposición de lo consciente y lo inconsciente, oposición que intenta superar mediante símbolos, ante los cuales el espectador o el oyente pueda armonizar lo que sabe (o que no sabe) con lo que siente, la memoria consciente con la memoria innata. La ignorancia es a veces una buena ayuda, como lo admiramos en aquel modestísimo funcionario liceal que, interrogado después de oír a Bergamín en una muy poética interpretación del tereo, contestó: "Yo no entendí nada; pero todo lo que dijo es verdad". Esa verdad inefable, claro, que está en el fondo

de todos los hombres, en la vigencia de sus cones.

Sea cual fuere, el propósito final (si es que lo tiene) de la actividad espiritual de los electrones, su avatar es el nuestro, dentro de una no-separatividad que, asumida sin deserciones meramente intelectuales, nos convierte en expresiones dignas de lo que esencialmente somos. Lo decisivo es, como previene Charon, saber escuchar la voz del psiquismo interior universal que nace de lo más profundo de uno mismo. Se comprende así la modestia-orgullo que supone reconocerlo o pregonarlo, reasumiendo la pureza de una "barbarie" de ese modo immaculada, sin tantas vanaglorias, sin arredrarnos (por lo que nos toca) ante lo que Charon describe como "la voz tronituante y severa de la cultura con su voz abusivamente dogmática y los egoísmos hipócritamente disfrazados". Esta menospreciada "neo-barbarie" contribuye de ese modo a concretar de hecho el soñado ideal de la confraternidad universal.

* Jean Charon, publicó varias obras, en Albín Michel, París, entre las cuales *L'Esprit, cet inconnu*, 1977, desarrolla ya sus pensamientos fundamentales. Sobre dichas obras publiqué en Mercedes *La materia pensante*, 1983, en Impresora Tintas, Mercedes, distribuida actualmente por Editorial Arca.